

QUÉ ES EL SIDA?

La calamidad no está hecha a medida del hombre, por tanto, se concluye que la calamidad es irreal

Albert Camus – La Peste

Pensar el SIDA implica incluirlo en un contexto e intentar descifrar qué representa y qué nos dice su aparición en este particular momento de la historia.

Vivimos en la última década de un siglo donde se proyectan estaciones espaciales para solucionar el problema de la superpoblación mundial (además de las guerras, por supuesto). Un fin de siglo que permite no solamente conocer el sexo del hijo por nacer, sino casi, a través de la Ingeniería Genética, armar un hijo a voluntad. Fin de siglo que discute la Eutanasia: lo digno ya no es conservar una vida, sino conservarla “si vale la pena” (¿corremos el riesgo de que cada vez menos cosas valgan la pena de ser penadas?).

Tiempos donde la permanente extracción del líquido y el gas del subsuelo, pone en peligro el futuro del planeta. Y lo mismo para el Ecosistema.

Vivimos en una civilización que parece haber perdido el Sentido como Absoluto, todo vale porque nada vale. Y donde la reivindicación de la individualidad se bastardea en nombre de la libertad de elección, de decisión ¡o de contratación!.

Una civilización con una cultura desmitificadora: creencia en Dios y sexo ya no son los enigmas de siempre. Creer en Dios es, cada vez mas evidentemente, una cuestión de fe: “creo porque creo”. Hay una increíble proliferación de sectas y una lenta orientalización de la cultura occidental. Cada vez mas se escucha aquello de “en algo hay que creer”. Por su parte el sexo, bien de consumo, puede hoy claramente diferenciarse de los modos en que los seres humanos puntualmente gozan.

Tiempos de una permanente búsqueda de nuevas formas amorosas, donde para experimentar aquella sensación oceánica soñada, hay que recurrir a lo que la sociedad en un pacto perverso con los sujetos, proporciona como transgresión legalizada (drogas, sadomasoquismo, homosexualidad, torbellino de experiencias sexuales). Y por el amor, esa alquimia atemporal, experiencia incomunicable y riesgo trágico pero deseado de perderse en otro ¿quién paga hoy el precio del riesgo del retiro?

Civilización capaz de generar la ideología del fin de las ideologías.

Una civilización donde, al menos en países desarrollados o con cierto nivel de desarrollo, había desaparecido el miedo a contraer enfermedades mortales por contagio.

Una civilización donde Tánatos parece “en señorearse” sobre su viejo enemigo y hoy debilitado Eros: violencia cotidiana, muerte por sobredosis, suicidios (y ni hablar de la Máquina de la Muerte recientemente inventada en Estados Unidos), violencia simbólica difícilmente desentrañable, impunidad cotidiana en todos niveles, rebrotes nazis en la Vieja Europa y un control social computarizado ante el que el Panóptico parece de la Edad de Piedra.

En ésta, nuestra época, a mediados de la década del ochenta, apareció el SIDA: extraña enfermedad que ataca los fundamentos de la convivencia.

Los modos de contagio son muy elocuentes: a) relaciones sexuales: “mientras compartimos el placer, te transmito el germen de la muerte”, b) transfusiones de sangre: “mientras te doy la sangre que necesitas para no morir, te condeno a muerte”, c) de madre a hijo: “mientras te doy la vida, haciéndote nacer o dando de mi cuerpo para alimentarte, fijo tu fecha de muerte prematura”, d) por compartir agujas los adictos endovenosos: “mientras compartimos las agujas que nos hará héroes y heroínas, dejo en ella gotas de mi sangre contaminada para que continúes tu camino mortal hacia el anonimato de las estadísticas”.

El SIDA devuelve una pregunta: ¿Quiénes (nos creemos) que somos?: ataque al narcisismo de la raza humana y un recordatorio: los seres humanos nunca dejaron de ser animales con delirios de divinidad. Seres que creyéndose superiores, en situaciones límites apelan al algo superior a ellos mismos. Si un animal es capaz de borrar sus huellas para despistar a su perseguidor, el ser humano es capaz de borrar

sus huellas para hacerle creer a su perseguidor, algo que no es. Capacidad de engañar(se) (¡superioridad!) que no es sin consecuencias.

Una raza mas que puebla este planeta y que podría extinguirse como cualquier otra. Implemente un recordatorio a su "animalidad", aunque no se quiera saber nada sobre ella.

Pregunta: ¿Hay alguien acaso, que sea inmune al destino de la Humanidad?. No es el término SIDA el símbolo de nuestra cotidianeidad?. La tercera Epidemia, ¿no es acaso, una prueba de ello?.

Un posible acercamiento al tema del SIDA.

Durante toda la vida hay que aprende a vivir y, cosa que tal vez asombre más, durante toda la vida hay que aprender a morir.

Séneca: Sobre la brevedad de la vida

El ser humano es un animal enfermo: es el único ser vivo consciente de su propia finitud. Conciencia de la propia finitud no es instinto de conservación o de supervivencia, ni noción de peligro: es saber que hoy somos y que mañana podemos dejar de ser. Y esto a ningún otro animal puede sucederle.

Se puede saber o pensar mucho sobre la muerte, pero sólo se la conoce por sus efectos: guerras y enfermedades, el llanto desconsolado de los familiares, hasta los índices de mortalidad. Pero nadie puede morir la muerte de otro (aunque se pueda morir por otro); cada uno deberá morir la propia.

Si es cierto que el llanto por la muerte de un ser querido es un llamado para su retorno, es porque el otro al morir deja un vacío, un vacío de sentido que nos enfrenta con la condena a muerte que es vivir (lo que ya da, si se lo desea, un poco de sentido).

No es lo mismo estar en contacto con el SIDA, que contactarse con portadores o pacientes sintomáticos. El contacto con el SIDA es trabajar con conceptos, números, hipótesis. Los Comités o Asociaciones para la lucha o la prevención son prueba de ello. Además, el SIDA, en última instancia, son sólo cuatro letras. Contactarse con portadores o enfermos sintomáticos es de otra dimensión: los portadores, transportan muerte. Justamente aquí hace su aparición el miedo al contacto-contagio. De allí también, que en medios hospitalarios, tomen tanta importancia las "Normas de Bioseguridad", normas para asegurarse la vida.

La imagen de un semejante es relativamente tranquilizadora. Están enteros, cubiertos de piel y en movimiento. Ver un cuerpo mutilado, un cuerpo en descomposición, horroriza. La cercanía real, corporal, con un infectado, nos remite al cadáver que todos potencialmente somos.

Cada enfermo de SIDA nos enfrenta con lo que no puede mirarse de frente; por imposible y por insoportable; con la muerte y con el vacío (por ejemplo ése que puede encontrarse ante y después de cada existencia particular).

El vacío, este punto ciego tan particular de la estructura humana, y por ende, tan productivo en la historia de la humanidad.

Publicado en:

Revista "Intercambios" - Junio/Julio/Agosto 1990

Diario "El Litoral" de Santa Fe del 25 de Junio de 1990